

Añil 37

141

Para que un sistema cualquiera de ideas: moral, político, económico, religioso, pueda rendir los frutos que de él se esperan, es preciso que se amolde a la realidad sobre la cual le va a corresponder actuar. Todo ideal que pretenda transformar un cierto estado social es como una semilla producida por dicho estado, semilla que, colocada en un ambiente favorable, germinará, dando a luz una nueva realidad. "El porvenir, escribe Saint-Simon, está compuesto por los últimos términos de una serie en la que los primeros constituyen el pasado. Cuando éstos han sido bien estudiados resulta sencillo establecer los siguientes; de modo que del pasado bien observado se puede deducir fácilmente el porvenir". No participo del absolutismo con que el filósofo francés parece creer en las llamadas "leyes de la evolución histórica"; pero es indudable que los sistemas ideológicos capaces de triunfar no son los que han inventado en sus laboratorios utopistas y teorizantes, sino los que han resultado de un estudio anatómico profundo del pretérito y del presente. No puede, pues, pretenderse aplicar un mismo sistema político u económico, concebido "in abstracto", a dos países cuyas realidades son diferentes.

Al elaborar un plan de reorganización social, lo que se hace es, en líneas generales; tratar de encaminar a la Historia por determinado sendero. Ello será posible hasta cierto límite: la docilidad máxima de la Historia para dejarse dirigir por los hombres. Serán viables, en consecuencia, los ideales que se fundamenten en un estudio atento de la realidad, que reunan en un cuerpo orgánico todos los componentes del presente que aparecen preñados de futuro, sin despreciar por ello los restos del pasado, que le servirán de antecedente indispensables. Pero los ideales que, olvidando las circunstancias reales de la vida, no tengan otra base que las aspiraciones y deseos de los hombres, no dejarán de ser utopías irrealizables.

Determinar, lo más esquemáticamente posible, cuáles son, en la situación actual de Chile, los elementos destinados a supervivir, es lo que ahora me propongo. ¡Tarea ~~parece~~ difícil, en la cual no cabe lo absoluto.

Lo primero que salta a la vista de un observador cualquiera, que echa una mirada general sobre la realidad del mundo contemporáneo, es el mayor crecimiento que hoy día obtienen las necesidades de la colectividad, considerada ésta, no como simple suma de individuos, sino como persona con vida propia e independiente. Parece existir un consenso mayoritario acerca del deber que tiene el Estado, como órgano de los intereses generales, de buscar los medios más convenientes para satisfacer dichas necesidades. No creo que sea el resultado una consecuencia de algún progreso experimentado por el espíritu social pues los hombres continúan siendo tan individualistas y egoístas como siempre. Es más bien un resultado de la interdependencia social, y principalmente económica, que ha hecho que los efectos de cualquier fenómeno de importancia relativa, alcancen con mayor o menor intensidad a todos los hombres y a todos los grupos; al mismo tiempo que la sugestión mística que ciertos ideales han producido en algunas clases y el temor a los trastornos y a la Revolución que experimentan otras. La fuerza de las circunstancias lleva de esta manera a los hombres a hacer un nuevo sacrificio, renunciando, mal de su grado, a algunos de sus derechos. No basta ya la iniciativa privada para mantener la tranquilidad y la armonía colectiva; es necesaria la intervención de un poder superior. Todo plan de organización para el futuro deberá contener limitaciones graves limitaciones a las libertades individuales, y otorgar nuevas facultades al Estado.

Otro hecho importante que llama la atención en nuestros días es el poder inapreciable que ha adquirido la fuerza del número. La influencia directriz del prestigio casi ha desaparecido. Las muchedumbres miran con indiferencia y escepticismo a los dioses y a los genios; desconfían del patriotismo y la capacidad de las minorías selectas; se niegan a reconocer ninguna clase de superioridad; abominan de la costumbre y la tradición, y ni siquiera admiten el valor de las razones. "Es el advenimiento de las masas al pleno poder político social", es "La Rebelión de las Masas" de que habla Ortega y Gasset. Como una reacción contra tal estado surgen dictaduras totalitarias que pretenden restaurar las antiguas jerarquías de valores o establecer nuevas jerarquías. Pero el prestigio que ellas adquieren es producto inestable de su fuerza y está destinado a desaparecer el día que no cuenten con los medios materiales capaces de mantenerlas en el poder. El nuevo ideal deberá aprovechar esa fuerza esencialmente cambiante del número, tratando de dirigirla hacia una meta determinada. Su deber es elevar nuevos valores, que correspondan a una nueva cultura, y que funden su prestigio, no en la fuerza, sino en sus cualidades intrínsecas y en la suma de bien que sean capaces de proporcionar.

Añil 1237 PATRICIO AYLWIN A.
"La 2da"